

RESEÑAS

EZEQUIEL URICOECHEA, Memoria sobre las antigüedades Neogranadinas, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, Vol. 24, 1984.

La edición del Banco Popular (1984) viene precedida de una nota biográfica del autor, a cargo del profesor Guillermo Hernández de Alba. Es una presentación apologética, quizás demasiado adjetivada, pero ilustrativa de un itinerario intelectual extraordinario.

Ezequiel Uricoechea nació en Bogotá el 9 de abril de 1834; su padre, miembro de una familia de ascendencia vasca y perteneciente al notablatlo criollo, alcanzó el grado de coronel en los ejércitos del Libertador. Huérfano a muy temprana edad, inició sus estudios con profesores particulares e ingresó luego al colegio de los jesuitas; a los 15 años viajó a Estados Unidos y obtuvo el título de médico a los 18 en la Universidad de Yale; luego viajó a Europa y, por consejo de Humbolt, ingresó a la Universidad de Gotinga y se graduó en Filosofía y Artes Liberales, en 1854, a la edad de 20 años, que es justamente la fecha en que publica sus *Memorias sobre las antigüedades Neogranadinas*.

Su trayectoria intelectual continúa hasta que lo sorprende la muerte en Beirut, en 1880, dejando una variada y profusa producción intelectual, como lingüista, naturalista y el mérito de haber obtenido el título honorario de la Universidad Libre de Bruselas. Su permanencia en Bogotá fué relativamente breve, de 1858 a 1869, regentando durante estos diez años, la cátedra de Química en el Colegio Mayor del Rosario, después de los cuales regresó a Europa desilusionado por la falta de ambiente para su trabajo en Bogotá y por la intensa convulsión política de la época en el interior del país.

Con estas breves anotaciones biográficas quisiera llamar la atención sobre su formación académica, científica y humanista, que le permitió formular

interrogantes claves acerca de la cultura de las sociedades precolombinas, así no las haya resuelto completamente, pues, como él mismo lo advierte: "se rinde el hombre a su imposible, a quien una veintena de años no ha dado la experiencia suficiente; se rinde quien solo en la esperanza de mejorar, da el primer paso". (p. 22).

El propósito no fue el escribir una historia de las comunidades indígenas, ni siquiera de la comunidad Chibcha es la que encuentra interés. El propósito fue el de rescatar para la memoria histórica diversos elementos culturales que supervivieron a tres siglos de depredación y dejaron algunos rastros en obras y monumentos, en su lenguaje, sus rituales, sus costumbres, su organización social. No para "ensalzar ciegamente los pueblos de que trato, pero tampoco me he dejado llevar por ideas rancias y contradictorias de la verdad" (p. 21), expresa categóricamente, al lado de su profunda motivación de amor a su patria y de conservar la memoria de sus primigenios moradores.

Una de sus premisas iniciales, para acercarse al grado de civilización alcanzado por la comunidades indígenas, en especial de los Chibchas, es la de indagar en sus manifestaciones de las bellas artes, que concibe como "hijas de lo ideal del hombre, compañeras de sus gustos refinados y de ciertos lujos, los que nunca es de bárbaros". (p. 27). Esta reflexión lo conduce a separarse de los cronistas, a quienes trata con sumo respeto, indicando que no desea demeritar su obra, pero sí evitar errores, como el de no lograr desunir la crónica a la idea de la barbarie indígena, dejando de lado la barbarie de los conquistadores que iniciaron la destrucción física y cultural de los indígenas.**

Como los conquistadores, llevados por el fanatismo y la sed de oro, no quisieron conservar los gérmenes de la civilización indígena, es preciso dedicar un gran esfuerzo investigativo en los monumentos y en los rastros de su cultura para resaltar el grado de civilización alcanzado por las naciones indígenas. Y, complementa sus afirmaciones, con una argumentación irrefutable: "Busquemos en las producciones del hombre al hombre y juzguémosle por sus obras". (p. 32). En este sentido me parece que la obra, el pequeño escrito, como él lo denomina, cumple su objetivo y su trabajo hace parte de una ruptura con el

** Vicente Restrepo, en su obra: *Los Chibchas antes de la Conquista española*, Banco Popular, p. 18, replica aduciendo que se puede alterar el planteamiento así: "Los conquistadores conservaron la historia de la civilización Chibcha, y sin sus escritos estaríamos hoy en tinieblas": pero es una alteración inapropiada, a mi manera de ver, pues E. Uricoechea no niega los aportes de los cronistas

denomina, cumple su objetivo y su trabajo hace parte de una ruptura con el prejuicio de asociar los indígenas sólo con ignorancia y salvajismo. A diferencia, probablemente, de la visión bondadosa de fray Bartolomé, E. Uricoechea, fundamenta sus apreciaciones en elementos antropológicos, arqueológicos, lingüísticos, no exentos de valoraciones subjetivas y por lo tanto ajenas a un pensamiento de corte positivista.

Por su formación académica alcanzada hasta la publicación de la obra, podría decirse que E. Uricoechea, no es propiamente un historiador, es más bien un científico naturalista, lingüista y filósofo, lo que le da una amplia perspectiva, más allá de un credo cientifista o positivista a ultranza. En las veinte referencias bibliográficas que cita al final del libro, la mayoría en inglés y francés, hay una variedad temática que ilustra la perspectiva interdisciplinaria del autor: historia, antropología, iconografía, lingüística, en fin, un conjunto de disciplinas auxiliares de la Historia en su versión contemporánea. Relieva la obra de Joaquín Acosta, de la cual extrae el capítulo referente a la etnología Chibcha, al igual que pondera la obra de Fray Pedro Simón, que también incluye parcialmente en el apéndice, sin tomarla, como quedó expresado atrás, de manera literal y acrítica. Incluye además, un índice onomástico, un índice geográfico, una lista de publicaciones e instituciones y unas láminas de algunos rastros de la cultura indígena, lo que constituye el conjunto de fuentes escritas y no escritas para adelantar su investigación.

Para iniciar su aproximación, considera pertinente comenzar por interrogarse acerca del origen de las comunidades precolombinas, basándose en algunas analogías idiomáticas entre su lengua y la lengua japonesa y china, encontradas por un investigador de apellido Parvey, procedimiento que también es cuestionado por Vicente Restrepo en la obra mencionada.

Sin embargo, E. Uricoechea no hizo afirmaciones concluyentes acerca del posible ancestro japonés de los indígenas. Sin abstraer la analogía, deja al lector la posibilidad abierta de apartarse de sus apreciaciones, incluso, de considerarlas insuficientes para comprobar sus conjeturas o sus hipótesis. De esta manera, muestra una actitud reflexiva, hipotética, propia del lenguaje moderno de los intelectuales y científicos no dogmáticos, ni aferrados a verdades incontrastables.

El tratamiento de las fuentes es diverso, en razón del problema específico que quiera dilucidar. Por ejemplo, contrapone a las versiones de los cronistas sobre la vida y la muerte de los indígenas, la exploración y análisis de los restos de

su cultura encontrados en los túmulos y montones de tierra, que les servían de cementerios comunes y los considera más auténticos que los relatos escritos.^{***}

De nuevo hay una diferencia de orden metodológico con el tratamiento de las fuentes que hace con gran minuciosidad y esmero, V. Restrepo, para quien la verdad solo puede establecerse mediante la comparación de los testimonios escritos, válida, por supuesto, pero que tiene el riesgo de omitir elementos que pasaron por alto los cronistas. En otros términos, puede aseverarse que E. Uricoechea entendió que los documentos escritos no están ceñidos estrictamente a los hechos y basta analizarlos, sin la confrontación múltiple con otras fuentes escritas y no escritas.

Por dicha razón, quizás, pudo elaborar o compartir con Joaquín Acosta, hipótesis que aún conservan vigencia sobre costumbres, usos, rituales, organización civil y sistema económico de las comunidades indígenas. En particular, en lo relacionado con la inexistencia de grandes y numerosos templos, que deduce de la tradición Chibcha, de preferir sus rituales al aire libre en conformidad con sus dioses y sus mitos específicos. De igual modo las referencias a la organización de la sociedad, del sistema de delitos y de penas, de la sucesión por la vía matriarcal del poder, del comercio con las minas de sal de Zipaquirá. De manera especial, me ha llamado la atención lo relativo a la feria de Coyaima, donde los Chibchas llevaban sal, esmeraldas, mantas de colores y joyas de oro para el intercambio con comunidades vecinas como la de los poicos. Y, según lo retomado de S. Acosta, utilizaban monedas, lo que las convertía en las únicas naciones del Nuevo Mundo que utilizaban monedas para el intercambio. (p. 64). Si esta hipótesis es cierta, me parece que incorpora un nuevo elemento, fundamental, en el análisis del choque entre las dos culturas, la europea y la aborígen, frente al oro, como medio de intercambio para ambas sociedades y no solo como símbolo de adoración a los dioses indígenas.

En el capítulo V se refiere a la nación de los Armas, designados así los pobladores del valle del Cauca, una región tan extensa que parecía abarcar desde Antioquia hasta Popayán. Los Armas tenían sus dioses y sacerdotes encargados de los sacrificios y las ofrendas; las ofrendas consistían en oro y en los

^{***} Resulta muy sugestivo pensar que modernamente los monumentos constituyen una fuente, potencial o efectiva, muy importante para el trabajo del historiador y, por otra parte, que las actitudes sobre la muerte, según Pierre Chaunu, permiten apreciar o calibrar, en cierta manera, una sociedad. Ver Vovelle M., Ideologías y mentalidades, Ariel, Barcelona, 1985, p. 101

corazones de los prisioneros que sacrificaban; luego los oferentes se comían sus cuerpos, pues, ciertamente, eran antropófagos.

"Vivían en la más horrorosa barbarie estos primeros habitantes del hermoso valle del Cauca, cuyas riquezas son incalculables, cuyos hijos hoy en día industriosos y cuyo futuro sin duda será brillante en la historia Neogranadina" (p. 76). Esta referencia es tomada de la crónica peruana de Pedro Cieza de León y, a propósito de ello, conviene destacar que no la toma E. Uricoechea, como un síntoma de espíritu diabólico o infernal y, al mismo tiempo, le permite reconocer que habían logrado grandes avances en la agricultura, con jardines y huertas bellamente sembrados, progresos en el comercio con la sal que procesaban evaporando agua en grandes vasijas de barro, así como su destreza en el laboreo de las minas de oro y la elaboración de bellos ornatos. No obstante reconoce, de nuevo, las limitaciones de su exploración, por la carencia de más elementos etnográficos y antropológicos a su alcance, ante lo que sugiere "reservar la ocasión para más felices días, en que no solo ésta sino todas las naciones primitivas de la Nueva Granada contribuyan con sus restos artísticos a formar un honroso monumento arqueológico y con ocasión a una obra más general". (p. 70). O sea que deja esbozado un interesante proyecto investigativo y de conservación de los monumentos antiguos.

Probablemente las circunstancias en que fué escrita, en el exterior, sin una permanencia estable del autor en el país, la preservara de las limitaciones generales impuestas por el desarrollo de los conflictos internos de la época en torno a la formación del estado nacional, según lo expuesto en el libro de Bernardo Tovar, *La colonia en la historiografía colombiana* (cfr. págs. 97-103). Entre otras razones, porque la permanencia del autor en el país durante diez años, en un período de intensa confrontación político participativa, fue posterior a la publicación del libro y, de hecho, le produjo gran desilusión y abandonó el país en busca de un ambiente más apropiado para la vida académica. Situación que es evocada, de cierto modo, por Frank Safford en *El ideal de lo práctico*, cuando muestra el fracaso de los intentos en pro de orientar la educación de una manera más racional y no bajo la primacía de la política interna.

Por otra parte, si no resulta demasiado simplificador pensar que el rasgo distintivo de la historiografía liberal consistía en legitimar sus ideas de progreso mediante la crítica radical a la herencia colonial y la conservadora en reivindicar la tradición hispanista como garante de la civilización y el orden, la obra de E. Uricoechea tiene algo en común con la historiografía liberal, en cuanto critica

los actos depredadores de la conquista. Más bien, observo que el interés patriótico por rescatar las tradiciones milenarias de las culturas precolombinas está orientado a cambiar la imagen de pueblos bárbaros que circulaban en Europa y otros países, pueblos salvajes que solo cabía eliminar o adoctrinar.

Como he intentado esbozar en los apartes anteriores, uno de los méritos más visibles en la obra de E. Uricoechea, reside en su crítica ponderada y bien fundamentada a los cronistas. Para el efecto recurre a fuentes no escritas y analiza con rigor metodológico algunos de los rastros o huellas del pasado en los monumentos y restos de la cultura indígena. Y, creo que la razón está de su parte al negarse a admitir que las figuras y testimonios sean expresión de salvajismo y estupidez y no de una cultura avanzada y de un carácter paciente y esmerado.

De la misma manera que los investigadores contemporáneos hacen hablar los restos mudos y muertos del pasado, para lo cual es necesario un inmenso esfuerzo interdisciplinario, el joven escritor interroga minuciosamente sus fuentes, como por ejemplo, cuanto trata de discernir si los indígenas conocían la soldadura, explorando esta posibilidad con un método apropiado, en las ciencias naturales. Conciente de los grandes silencios que rodean y limitan la reconstrucción del pasado, sugiere el método de la analogía y la comparación, no de la inventiva en el vacío que con sobrada razón critica Vicente Restrepo en algunos trabajos historiográficos, sino procediendo con suma prudencia en sus apreciaciones, afirmando, en ocasiones, que no se trata sino de conjeturas o débiles hipótesis y no de conocimientos y verdades absolutas e irrefutables. Frente a tal posibilidad, prefiere dejar planteado el problema a futuras generaciones mejor dotadas teórica, metodológica y materialmente.

Los caminos que recorre para acercarse a las costumbres sociales, a los ritos, a las instituciones, en suma a la cultura de un pueblo, conservan plena vigencia: el recurso a la múltiple confrontación de fuentes escritas y no escritas, y la necesidad del trabajo interdisciplinario son, hoy día, incontrovertibles y sus limitaciones residen más allí, que en su inexperiencia para abordar la totalidad de la tarea.

El estilo en que está escrita la obra es claro, estético y preciso. El autor muestra su condición de filólogo y lingüista y el panorama amplio de sus inquietudes intelectuales, que sobrepasan los marcos del culto positivista a los hechos o a la palabra escrita, sin una necesaria reflexión crítica. Su propuesta de crear en Bogotá el Instituto de Ciencias y Artes, lo coloca claramente en la posición del

Bogotá el Instituto de Ciencias y Artes, lo coloca claramente en la posición del visionario de una necesidad vital para el país. Consecuente con sus convicciones de científico y humanista, adelantó la selección antológica de los escritores españoles americanos y el vocabulario de la lengua chibcha, sin caer en posiciones de ruptura entre las dos culturas, para colocarse de manera excluyente en el banco de los hispanistas o de los indigenistas a ultranza.

LUIS A. ORDÓÑEZ
Facultad de Administración
Universidad del Valle.

* * * * *

ORLANDO FALS BORDA: Historia doble de la costa, t. II, *El presidente Nieto*; T. III, *Resistencia en el San Jorge*, Bogotá, Carlos Valencia editores, 1981, 1984.*

Este es el segundo tomo de la obra de Orlando Fals Borda, dedicada a la reconstrucción de la historia de la Costa Caribe algo descuidada por los historiadores profesionales hasta la aparición de los trabajos del eminente sociólogo barranquillero. Desde entonces han aparecido trabajos sobre la historia de esa parte del país, recopilados en buena hora por Gustavo Bell Lemus en la obra "El Caribe Colombiano".

Es imposible hacerle justicia en unos cuantos párrafos a todos los puntos importantes que esta historia trata explícitamente o los que sugiere indirectamente. Aunque se estudien como producción histórica, hay que tener en cuenta que el objetivo primordial de Fals Borda no fué principalmente esta sino como él lo manifiesta abiertamente, sus reconstrucciones históricas tenían un objetivo político definido: alimentar el nivel de conciencia política de ciertas

* La reseña correspondiente al tomo II, *El presidente Nieto*, apareció originalmente en la *American Historical Review*, noviembre de 1986. Traducción del autor.